

MUJICA POR PEPE

PRÓLOGO DE
**ALBERTO
FERNÁNDEZ**
EPÍLOGO DE
LULA

CONVERSACIONES CON
NICOLÁS TROTTA

Ariel

MUJICA POR PEPE

Conversaciones con
NICOLÁS TROTTA

Ariel

I

La familia, la chacra, el barro y el barrio

Un líder con los pies en la tierra
(1935-1950)

EL ÁRBOL GENEALÓGICO DE UN PRESIDENTE HIJO Y NIETO DE INMIGRANTES ITALIANOS Y VASCOS. CARMELO, LA «TIERRA PROMETIDA».

—Los libros y el amor al campo es fruto de mi niñez. Porque mi madre es de Colonia.

Descendiente de italianos inmigrantes, de los tantos que vinieron a Argentina y acá. Y mi abuelo... mi madre, cuando terminaba la escuela, al otro día me mandaba de vacaciones a la casa de mi abuelo. En Carmelo. Y me venía el día antes que empezaran las clases. Todos los veranos así. Todos los años en la escuela.

—**Trabajabas en la huerta...**

—Yo vivía con mi abuelo, que era, visto en la perspectiva del tiempo, un tipo extraordinario, hijo de italianos. Había nacido acá y había ido tres años a la escuela de noche.

Pero hablaban italiano en la mesa y todo eso. Pero fijate que cuando se fueron a Colonia estos tipos, fundaron una escuela nocturna que se la pagaban ellos para aprender... e iban a la escuela. Y contaba que para no gastar las zapatillas iban descalzos y llevaban las zapatillas abajo del brazo y se lavaban las patas en el bebedero de los caballos y se calzaban y entraban. Te das cuenta la pobreza de esos inmigrantes. En esa zona de Carmelo hay una estancia enorme, de una familia aristocrática que venía de la Colonia, los García

de Zúñiga, que no encontraron mejor pasar que importar gringos, y le vendían pedacitos de tierra a plazo en cuotas. Y esos gringos que, de una Italia en conflicto, en guerra, venían y compraban y se metían y levantaban y trabajaban. Después yo estuve allá de donde venían ellos y claro, acostumbrados a trabajar en la montaña, venían y encontraban acá país plano, tierra fértil, les parecía una maravilla. Y prosperaron todos.

—**Sin conflicto.**

—Sin conflicto. Pero tenían una formación de campesinos europeos, algo que se perdió. Ganaban muy poco pero no gastaban nada, porque tenían una alta producción de autoconsumo. Producían cerdos, tenían vacas para ordeñar, verduras, al final lo que gastaban era muy poco. Hacían el pan casero. Y mantenían un montón de tradiciones. Al punto que hay una capilla allá, en esa zona donde ellos se asentaron, que ahora es valiosísima. La aristocracia argentina la valora.

Mi abuelo era descendiente de esos inmigrantes, que al poco tiempo de llegar sufrieron una peste bubónica o algo de eso y murieron muchos. Debió haber sido por 1890. Y como eran muy creyentes tendieron una sábana y rezaron una misa y después de la misa no se murió más nadie. Entonces decidieron, como expresión de la fe, construir una Iglesia. Y se mandaron la Capilla San Roque. A uno lo mandaron a encargar una campana en Italia, e hicieron una colecta. Y al lado de la capilla, una escuela. Todo esfuerzo de ellos. Formaron una gran comunidad y mantenían ciertas cosas, por ejemplo, las familias mataban cerdos y algún novillo para entregar, y venían los otros y les daban una mano. Y al otro fin de semana iban a otro lado, y así.

—**Bien comunitario.**

—Y vos sabés que festejaban cosas de Italia. El día de la Unidad Italiana. Mi abuelo fundó siete cooperativas. Entre ellas fundó una bodega. Porque cada uno hacía vino. Y un día dijeron «no, pará, somos como 20 haciendo vino, vamos a juntarnos». Hicieron una bodega que se llamaba «Vinos Curupí», en Carmelo. Cuando murieron los viejos, había como 80 herederos. Se

armaba cada lío que al final la terminaron vendiendo la bodega a la Familia Irurtia, que fue una de las bodegas más grandes que tuvo el Uruguay.

—**¿Y por qué era un ser extraordinario tu abuelo?**

—Era extraordinario porque tenía cosas. Primero no hacía una cosa, hacía varias. Tenía viñas, tenía un tambito, plantaba maíz, plantaba trigo, tenía máquina trilladora. Y cuando hacía unos pesos iba y compraba un pedazo de campo y le ponía ganado. Entonces era medio como un loquero, aparentemente. ¿Pero sabes lo que decía?: «Todo mal no me puede venir. Alguna tengo que embo-car». Entonces tenía diversas cosas. Y él se daba cuenta de cosas modernas. Se hizo una mejora de camino que la pagó él. Desde el pueblo, desde la ciudad de Carmelo, a la puerta de la casa de él. Y se puso teléfono, en 1925.

—**Era un potentado casi....**

—Se puso un teléfono de aquellos que se le daba manija y que era el único que había en el pago. Por su cuenta. Y tenía una máquina trilladora y salía a trillar, me acuerdo. Yo salí unas veces con él, acompañándolo. Era la época que el trigo se cortaba en atados, se hacía parva. Y la máquina se estacionaba al lado de la parva. Y un día le dicen que habían aparecido unas máquinas, que les llamaban cortitrilla, eran las cosechadoras modernas. Y que había una trabajando en Juan Lacalle. Entonces agarró un auto y se vino a verla. Y cuando la vio trabajar vendió enseguida la suya. Dijo: «esto se va a la mierda».

Y me acuerdo que me decía: «usted cuando sea grande compre tierra». «Compre tierra cruda», me decía. Más que casas, compre tierra, nunca va a perder, siempre va a ganar. Él a los nueve años fue a trabajar a una estancia, la de los Gutiérrez, porque eran unos tanos muy pobres. Les enseñó a hacer pasta a los dueños de la estancia, a hacer tallarines. Y a los 40 años les compró un pedazo de campo. ¿Te das cuenta? Tenía una energía bárbara. Acá está muy reflejado y me supongo que refleja en parte la historia argentina. En lo que escribió Florencio Sánchez. *M' hijo el dotor, La gringa*, son cosas que pintan esa época. Imaginate esa Argentina que te dije,

en 1914, 40 por ciento de inmigrantes. Los días 1° de mayo eran en cuatro o cinco idiomas en Buenos Aires.

—Era un país en ebullición, generando su identidad.

—Y la migración que eran varones que después querían traer su familia de allá. Es un momento maravilloso del Río de la Plata. Por supuesto, mucho más fuerte en la Argentina, por las dimensiones. Pero acá también se daba.

—Y vos ahí aprendiste en el campo...

—Todos los trabajos rurales. Y me acuerdo que mi abuelo llegó a plantar 500 cuerdas de maíz amargo cuando vinieron las langostas. Entonces ponían unos arados de asiento, doble reja, y después ponían seis caballos de mañana, y seis de tarde. Manejar seis caballos es como manejar una fórmula uno. Cuando no se te retoba uno, se te retoba el otro. Y le cambiaban las rejas al mediodía. Lo agarraban y me mandaban a mí con un petiso a la herrería a dejar una tanda de rejas y venía con la otra.

Y en todas esas cosas agarré la afición a la tierra, y a los problemas de la tierra. Mi abuelo era un poco ganadero, un poco tamborero, tenía viña, hacía vino, plantaba trigo, tenía la cosechadora, plantaba maíz, plantaba girasol, plantaba papa, de todo un poco. Tenía un galpón que se iba llenando de herramientas.

Mi padre le compró un Ford T y se lo llevó. Hacia 1930 ya tenía unas hijas, entre ellas mi madre. Eran las hijas del gringo. Discriminadas por los criollos platudos. Pero resulta que estos gringos habían florecido económicamente. Así que ofendido el viejo ¿qué hizo? Le compró el mejor auto que llegó a Carmelo, un Dodge color aceituna, las ruedas con rayos de alambre y con dos auxiliares. Esos que salen en las películas de Eliot Ness, precioso. Me acuerdo que era tapizado adentro de terciopelo. Era un auto de lujo. Para que las hijas fueran al pueblo. Para fregarle a los criollos aristocráticos, ¿viste?

—¿Tu niñez fue feliz, Pepe?

—Yo tenía ocho años cuando se murió mi padre y realmente mi madre hizo de padre. Mi vieja era dura, pero también tierna. Una mujer que agarraba una bolsa de 50 kilos y se la ponía debajo del

brazo. Y nosotros vivíamos en una hectárea y media de tierra. Había un pedazo de bañado que estaba plantado a cartucho y vivíamos de arrancar más que nada los cartuchos y vender el mimbre que había en el bañado. Y una huerta que hacíamos más arriba. Ella empezó a cobrar una pensión como 15 años después de muerto mi padre. Mi padre murió relativamente joven de cáncer.

—**¿Y lo recordás?**

—Sí, lo recuerdo. Lo empecé a recordar bien. Mi hermana era muy pequeña, tenía dos años. Pero mi padre era otra cosa. Mi padre era de Florida, era hijo de un estanciero. Descendiente de vasco. Que tenía un campo grande en Casupá, una estancia grande.

—**Bueno, los vascos tienen, dicen, RH negativo y problemas en la vista. Así que tenés genética vasca.**

—Totalmente. Acá hubo una inmigración fuerte vasca. En la época de las Guerras Carlistas. Ahí vinieron muchos. Y quedó en los apellidos. También en Argentina.

—**Son un pueblo muy pequeño que se diseminó por el mundo y mucho en América Latina. Con mucha identidad y cultura propia.**

—Son únicos. No son españoles, son vascos. Mantienen su idioma, sus tradiciones. Y a pesar de que los quisieron descuajar, no pudieron. Han podido mantener su identidad. Y la van a mantener. El asunto es que soy descendiente de eso.

—**¿Y cómo recordás a tu padre, Pepe?**

—Mi padre era hijo de un estanciero grande y con varios hijos. Cuando muere el viejo, don José Cruz, reparten la tierra en estanzuelas. Los agarró la crisis del '30 acá, que fue un desastre. Los tres varones se pelaron todos. Y las mujeres se casaron con algunos que cuidaron el patrimonio y más o menos conservaron. Pero lo que era una estancia grande se dividió en cinco o seis partes y adiós.

Y mi padre mandó a montar una empresa con otro de prefabricado de hormigón armado. Más o menos 1925. Y agarró unos trabajos, entre ellos le estaba haciendo a la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (ANCAP) unos galpones prefabricados de hormigón armados en Carmelo. Le hizo varios. Y ahí conoció a mi madre, en un carnaval.

Y en eso vino la crisis del '30 y se fueron a la mierda. Perdieron todo, quedaron hipotecados. Entonces a mi padre le había salido de garantía... en aquella época había que poner una garantía, uno que había salido de Diputado, Atilio Aliaga, y él le consiguió un trabajo en Vialidad. Y trabajó en una balanza y compraron una casa a pagar, que fue donde yo nací. Vinieron para Montevideo cuando se casaron.

Mi vida empezó en Paso de la Arena, cerca de acá.

VIENDO A PERÓN POR LA TELEVISIÓN URUGUAYA. NACIONALISMO Y ANTIIMPERIALISMO TEMPRANOS

—Así que mi vida arrancó en Carmelo. En Carmelo fue la primera vez que vi televisión. ¿Y sabés qué fue lo primero que vi en mi vida en la televisión? A Perón. Dando un discurso, en los años 50 y pico... Cuando todavía los televisores eran como un mueble con una pantalla chica. Eran a lámpara. Acá no había televisor. En Carmelo se agarraba la de Buenos Aires.

—¿Y qué recordás de ese discurso? ¿Tenés fresca la imagen del orador, hablándole a las masas?

—Tengo fija en mí la imagen de Perón hablando. En una confitería que había en la esquina de la Plaza de Carmelo, que se llamaba La Gloria y que no existe más. No existen ni Perón, ni el televisor, ni La Gloria, ni nada. Pero como dice Borges, están ahí, porque yo los tengo acá.

—Así que tu debut televisivo fue peronista.

—Sí. Lo vi a Perón. Yo tuve un tío, un hermano de mi madre, que era hincha de Perón. Con posiciones nacionalistas, fuertes, antiimperialista. Era gerente de la Bodega esa que te dije. Que murió ese año.

—Y a vos se te acusa a veces de ser el más peronista de los frenteamplistas.

—Sí. Es posible. Porque la izquierda nunca entendió el peronismo. No me importa que no lo entienda. No es muy entendi-

ble, pero es muy atendible. Que es otra cosa. Existe. Porque claro, nosotros vivimos un proceso distinto, y no vivimos lo que vivió la Argentina. Que la izquierda histórica, tradicional, se alineó como consecuencia de la guerra, con Braden. Y le puso un tajo a la historia argentina. E hizo un divorcio. Porque durante mucho tiempo izquierda era igual a traidor para ese pueblo que se movilizó alrededor de Perón.

—En Uruguay los sindicatos son comunistas y en Argentina son peronistas.

—Porque queremos extrapolarnos a esa categoría para allá, pero no vivimos el proceso. Pero, bueno...

—¿Y cómo lo veías vos a Perón en la década del '50, del '60?

—Yo siempre lo respeté. No lo veía con el prejuicio de la izquierda...

Además, cuando acompañé al Partido Blanco, cuya versión aparentemente más conservadora era el herrerismo, en realidad estaba muy influenciado por Herrera. Y Herrera es un personaje raro, también. Socialmente conservador, pero brutalmente antiimperialista desde que tenía 17 años. Revisionista de historia, antimilitarista. Y te encajaba con Perón. Al punto que cuando murió Evita fue el único político uruguayo que fue.

Y el Uruguay no tiene un Guantánamo por ese viejo. Porque cuando Perón asume en la Argentina, el Uruguay soporta la presión de los Estados Unidos que quería poner una base en la boca del Río de la Plata. Y vinieron a hablar con el gobierno de la época, de Luis Battle. Y Luis Battle les dijo con mucha filosofía, «para semejante paso, tengo que tener acuerdo con el jefe de la oposición», que era Herrera. El embajador americano fue a hablar con Herrera que lo mandó a cagar. Era el tiempo de la Guerra de Corea. Y les dijo: «los coreanos del norte son los artiguistas de acá». Al punto de que cuando gana el gobierno, el herrerismo tuvo inmediatamente un lío interno. Herrera había hecho la alianza con un movimiento gremial, muy fuerte, rural, de «Chicotazo» Nardone, que fue con lo que ganó al final. En esa época había un colegiado en el Uruguay y el embajador norteamericano le vino a transmitir a Nardone, en

una comida, a poquitos días de iniciarse el gobierno, la preocupación del gobierno de Estados Unidos porque el doctor Herrera había sido un crítico eterno de Estados Unidos. Y Nardone cae en la bobada de decirle: «ah, pero Herrera no está en el gobierno» (porque no estaba en el Consejo). Pero, uno que estaba escuchando eso, y era alcahuete de Herrera, fue y le contó enseguida y al otro día rompieron relaciones. Se armó una crisis en el gobierno.

Las mejores páginas de la historia para entender la Guerra Grande, la Guerra del Paraguay las tenía Herrera, porque era hijo del que fue Canciller del Uruguay en la época de la Guerra del Paraguay. Y conservó toda la correspondencia que tenía el padre con la Cancillería paraguaya. En realidad, la Guerra del Paraguay empezó en Uruguay.

—**Y sí, principalmente los nacionalistas uruguayos eran...**

—Claro, primero tiraron abajo un gobierno que había acá para hacer el acuerdo con Mitre y los brasileiros. Pero el gobierno de acá, Berro no agarraba viaje.

—**¿Y el vínculo con el Frente Amplio Progresista (FAP), desde los Tupamaros con Montoneros?**

—Eso fue en los prolegómenos. Nosotros cuando estábamos en la etapa federal, antes de que se creara el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), ahí tuvimos relaciones. Hubo algunos compañeros argentinos perseguidos exiliados acá que nosotros los acompañamos. Uno de ellos era el Tachi. Que va a morir allá cuando la venida de Perón. Que después estuvo años preso acá. Recuerdo que la madre tenía una cicatriz en la cara del bombardeo en Argentina del '55. Yo la conocía a la madre. Y yo viví un tiempo con el Tachi, en la celda. Y había dos o tres compañeros más.

—**Baxter, Rulli, todos ellos.**

—Sí.

—**¿Y la mirada del peronismo nunca llevó tampoco a pensar un diálogo de los tupamaros con Perón?**

—No, no nos llevó con Perón. Pero mantuvimos esa relación y recuerdo que eran años muy críticos. Por ejemplo, los argentinos para ir a China o Cuba, pasaban por acá, por el Uruguay. Y después

viajaban. En aquella época para ir a China te ponían una hojita en el pasaporte pegada para que después la pudieras arrancar. Porque estabas controlado por todos lados. Nos ayudábamos en lo que podíamos. Mucho más adelante, pero yo ya estaba preso, tuvieron fuerte relación con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Y con Montoneros también. Pero yo estaba en cana en esa época. Quedé en orsai de esa relación.

TODO SOBRE UNA MADRE

—¿Y qué es lo que más recordás de tu infancia?

—Las jornadas con mi madre. Juntando cartuchos y sacando el mimbre. Miles de cartuchos sacábamos. Nosotros hacíamos una zafra con los cartuchos. En esa época había mucho culto a los muertos y las coronas se hacían con eso y nosotros lo vendíamos a la florería. Hacíamos unos lindos pesos que los guardábamos para tirar después todo el año. Vendíamos el mimbre también que había que sacarlo para afuera del bañado. Para comer cultivábamos una verdura en la chacra.

Recuerdo un caballito que me regaló mi abuelo, una yegüita que se llamaba Regalo. He escrito una nota que anda por ahí. Cuando llegó no sabíamos arar ni ella ni yo. Yo tenía 11 años. Aprendimos juntos. El arado lo tengo en el galpón, lo guardé como recuerdo. Y vivió como treinta y pico de años la yegüita. ¿Sabés que cuando veía que yo me bajaba del ómnibus que venía del Liceo me relinchaba? De gurisito hacía carreras con ella con botijas que tenían petisos en el barrio. Y vivía como la vida de cualquier botija de la época.

La escuela estaba pegada a mi casa, separada por un cerco. Y era una época que mi barrio era de vereditas de tierra, de hoyitos, de jugar a la bolita, de jugar al trompo de jugar al balero, de jugar al fútbol.

—En una familia humilde pero que no tenía privaciones.

—En una familia bien humilde. Porque mi barrio era una mezcla. Empezaban a morir las chacras y venían los solares. Ha-

bía muchísimos obreros. La gente vestía, mucho obrero de green y de gorra. De madrugada había mucha gente... El grueso de los frigoríficos estaba en el Cerro. Era una época de mucho proletario.

Nosotros teníamos un relativo desarrollo industrial, pero era la época del proteccionismo fuerte. Los países buscaban autosustentarse como podían. Entonces nosotros desarrollamos algunas industrias interesantes. Teníamos una industria textil importante para nuestras dimensiones. Una industria de cubiertas. Unas cuantas metalúrgicas. Después vino la apertura famosa. Fijate que en el gobierno del padre del Lacalle este perdimos 90.000 puestos industriales obreros. Y teníamos probablemente el 25 por ciento del Producto Bruto Interno (PBI) que bajó al 15 por ciento en cuatro o cinco años. Fue como un terremoto. Nos empezamos a especializar en la venta de materias primas. Después de que se firmó el MERCOSUR. Porque muchas de las industrias hechas por nosotros no podían resistir la competencia de los vecinos. Desaparecieron.

—**¿Ibas a la escuela y trabajabas en tu casa en la chacra, las dos cosas?**

—Sí...

—**¿Y tu hermana igual que vos?**

—Mi hermana también y era más chica que yo.

—**¿Y tus maestras?**

—Mis maestras.... algunas de ellas vivían hasta hace poco y ahora se fueron... Allá en el Cerro tuve una maestra, Escorbi, que estuvo como veinte años en esa escuela, una directora... en aquella época como cambiaban poco los maestros había una relación más fuerte... Fíjate cómo serían las cosas que mi madre tuvo una maestra allá en Carmelo de aquella escuela que habían fundado los inmigrantes y que después se hizo pública. Y vivió ahí y se llamaba la Tanicha; después, ya viejita vivía en la calle Lima y de vez en cuando yo de niño acompañaba a mi madre que la iba a ver porque aquellas maestras rurales eran maestras y una especie de organizadores de la sociedad. Eran algo más que maestras; eran las personas ilustradas que había en las comarcas y aconsejaban desde el matrimonio a lo

que fuere. Una relación que ha cambiado con el tiempo, porque ahora es todo mucho más rotativo...

Yo tuve una tía política que era maestra, casada con un hermano de mi madre, que trabajó años en esa escuela al punto que ahora al camino de entrada le pusieron el nombre de ella ... pero, claro eso va a desapareciendo en la época contemporánea. Son nostalgias del pasado. Mi escuela está ahí, es gigantesca y sigue estando.

—Tanto la primaria como la secundaria...

—Sí, sí. Siguen estando y después fuimos al Liceo que era el único que había. Había muchas dificultades para ir al Liceo, pero fuimos.

—¿Y por qué era brava tu madre? Te tenía cortito...

—¡Ah! te tenía cortito, te tenías que levantar, te marcaba el trabajo. Sí, era brava. Ella laboraba mucho y te hacía laborar y era dura de carácter, muy dura... En mi casa había un galpón grande que tenía mi padre, ¿viste? y mi vieja para poder resolver cuando murió mi viejo que le pagaron una pensión recién a los 15 años... dividió en piezas el galpón y lo alquilaba: hizo una entrada por el otro lado, para tener unos pesos... Fue brava la lucha por la vida, ¿viste?

No éramos ricos, pero teníamos comida todos los días. Comida de gringo. Mi abuelo nos mandaba canastas... Recuerdo que cuando empecé a ir al Liceo había días que le tenía que pedir al panadero un medio para tomar el ómnibus; cuando venía de vuelta yo conseguía dos pesos porque llevaba 200 cartuchos que los vendía en una florería que había en el paso. Como mínimo traía dos pesos y le pagaba al panadero. A veces me río de la gente porque se hace problemas; pero era una época distinta. Los gurises de este barrio iban a pie hasta la misma escuela y venían a pie y no había ningún problema. Si llegás a plantear una cosa de esas te matan hoy, ¿verdad? porque toda la sociedad cambió.

—Y el carácter fuerte de tu madre ¿cuánto te ayudó en la prisión?

—Probablemente me ayudó.

—Porque ya peleaba para ubicarte, ¿no?

—Sí, tuvo cada lío con los milicos que... el carácter de mi madre era... casi una mujer de armas tomar, sí...

—Digno hijo de tal madre resultaste ser.

—Me acuerdo que la vieja tenía esa pieza alquilada y tenía candil y había un obrero de la construcción que quería poner luz eléctrica y la vieja le dijo que sí... y pusimos las columnas, hizo una entrada y todo... pero tenía que venir la UTE a autorizarlo y, decía que venía tal día y no venía nadie y el tipo perdía de trabajar

Me acuerdo que habíamos comprado un Cachilita, un Chevrolet 28. Un sábado me acuerdo habían quedado en venir y no vinieron nada; ya habían fallado dos o tres veces y la vieja me dice: «Vos te animas a manejar, y vamos para la UTE». «No, vieja. Ahora van a cerrar». Y, «¡Vamos para la UTE!». La Administración Nacional de Usinas y Transmisiones Eléctricas recién había hecho ese palacio que tiene ahora con unas puertas automáticas que se abrían cuando vos te arrimabas, eran una novedad en aquella época, ¿viste?

Pero, la vieja fue a poner una pata adentro para cruzar la puerta y empezó a los gritos... Ahí adentro aquella burocracia estaba espantada; corrían de un lado para el otro, ¿viste? No sé lo que mierda hicieron para callar a la vieja: el asunto que vino una cuadrilla de la luz, le arregló la luz y santo remedio...

—¿Y cuántos años tenías vos?

—Fue un sábado a la tarde... y yo tendría 16 años, una cosa así. ¿Vos sabés que largó pa...? y no hay cosa que espante más a la burocracia que los gritos, ¿viste?

—Y una mujer...

—Y una mujer vieja, veterana, imban cable, ¿viste? Corrió la alarma por los pisos y todo...

—¿Y vos sentís que estaba orgullosa de vos?

—Sí. Yo sé que a alguna gente le decía: «Este capaz que va ser presidente».

—¿En qué año le decían eso?

—Uh... era muchacho yo. A mí no me lo decía ni me reconocía nada. Pero, yo sé que lo decía por ahí...

—Pero, ¿cuando te visitaba en el penal, en los distintos penales?

—Me porfiaba, me discutía y todo lo demás. Pero, después me amparaba y me defendía.

—¿Tu mamá pensaba que podías llegar a ser presidente?

—Sí, pensaba que sí. Yo sé que lo dijo, porque tengo el testimonio.

—¿Y hasta dónde te vio llegar tu madre?

—No... mi madre no me vio llegar siquiera a Diputado, pero...

—Pero sí ya te vio como dirigente del Frente Amplio.

—Lo que pasa es que ella había sabido de las guerras por su padre que había migrado para la Argentina cuando la revolución y después vino y vivió todo lo demás... y vivió el golpe de la organización independentista del País Vasco que no se quedaba atrás con la violencia: País Vasco y Libertad (ETA). Era amiga de Luis Battle que vivió en el barrio; Battle fue diputado y después, presidente...

—No era una desconocida de las turbulencias.

—Y además le gustaba la política. Habría sido militante política: tuvo un club al costado en mi casa y todo... y tenía algunos dichos geniales: ese que te dije sobre la política. «No, m'hijo. La política es como la batea de los chanchos; se entrevera todo». Me acuerdo que cuando se funda el Frente teníamos un compañero que había venido del Partido Colorado. Junto con Zelmar Michelini, otro fundador —al que asesinaron en Buenos Aires en mayo del '76, después del golpe militar en Argentina—, Hugo Batalla había formado una lista colorada disidente, y después en el '71 ya estaba a la izquierda, entre los que fundamos el Frente. A veces, la encontraba a la vieja y la vieja me decía: «qué buen muchacho, Hugo; qué buena persona que es... Pero es colorado»... Batalla era frentista, ¿viste? Pero después se dio vuelta y en las elecciones presidenciales de 1994 fue compañero de fórmula del colorado Julio María Sanguinetti, y ganaron, y se murió siendo vicepresidente en 1998 y yo me acordaba que la vieja me decía: «Pero es colorado, eh...»

—La premonición de la traición final del frentista colorado, pero también la de tu propia presidencia.

—Sí, y tenía cosas que no que te decía. Y ella, que era blanca decía: «Los blancos no pueden gobernar acá; los que saben robar son los colorados. Porque roban, pero no dejan rastro», y «Los

blancos un desastre y además se pelean entre ellos enseguida». Dicho y hecho, típico.

ADOLESCENCIA, LIBERTAD Y ANARQUÍA

—¿Qué mundo quería ese adolescente que asomaba a la década de 1950?

—Y, quería un mundo sin traste, embebido de libertad. Un mundo donde yo simpatizaba con el anarquismo. Con la utopía del saber humano que crecía y se volvía criterio y juez de los conflictos. La Ciencia, única autoridad, que raleaba a los curas y los militares, los reyes y los especuladores, a todos los que capitalizan y regulan el Estado. Y aquí vemos que el anarquismo tiene un temible primo hermano, en su amor y su culto por la libertad: el liberalismo. Claro que la diferencia aparece en la cuestión económica. Porque el anarquismo repudia lo que el liberalismo venera: la propiedad individual privada.

Le observo a Pepe que los anarquismos y liberalismos de entonces resultan todavía muy diferentes de sus sucesores —pero no herederos— actuales. Que todavía en las décadas americanas de 1950 y aun de 1960 podían conservar calores y luces del fuego anarquista o liberal revolucionario de fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando luchaban contra autocracias inconsultas, monarquías absolutas e imperios militarizados en Europa y en Asia, y contra dictaduras o repúblicas conservadoras y racistas en nuestra América.

—Es cierto, con el tiempo vinieron unos cambios primero y otros después. Han aceptado el Estado, unos y otros. Y los anarquistas han adherido mucho a la idea de un Estado desarrollado, asociándolo, para ellos y sus grupos y comunidades, a vivir de la revuelta social permanente, a conseguir el apoyo social (y de la seguridad social), a evitar trabajar en formas de dependencia que consideran explotadoras y, por lo tanto, quedando en la periferia del mercado de trabajo... Los anarquistas de hoy tienen poco que

ver con aquellos anarquistas que fundaban bibliotecas, que pregonaban que, como trabajador, tenías que ser de lo mejor, el mejor trabajador, y que eso era lo que te daba derecho a reclamar. Ese anarquismo hoy es «demodé».

—La juventud y el anarquismo van de la mano, el anarquismo es juvenilista, para la juventud cualquier libertad sin anarquía tiene gusto a poco. Pero, más específicamente, ¿qué lleva a un joven en Sudamérica, en el Río de la Plata, en Uruguay, a la militancia anarquista «organizada»? ¿Qué lo empuja a esa opción? ¿La familia, el entorno, las lecturas?

—Probablemente, a mí me llevaron a la militancia en el anarquismo las cuestiones barriales, las primeras formas de acción política directa que yo veía, un sindicato autónomo de la carne muy cerca, una agrupación estudiantil en la que empecé a militar que se llamaba Agrupación Reforma Universitaria (ARU)... Probablemente todo eso, que se unía y se potenciaba.